

Diversidad de contextos, de prácticas intelectuales y de saberes: Reflexiones conceptuales y sobre la (modesta) experiencia intercultural de nuestro Programa en la Universidad Central de Venezuela

Mato, Daniel

Universidad Central de Venezuela

<dmato@reacciun.ve> y <www.globalcul.org.ve>

Ponencia a ser presentada en el Simposio Nro. 48

“De la diversidad a la complejidad: Hacia una epistemología plural desde lo local”

Primer Congreso Latinoamericano de Antropología

Rosario, Argentina, 11 al 15 de julio de 2005

Resumen: En esta ponencia presento algunas consideraciones conceptuales acerca de la necesidad de des-academizar las ideas de “investigación”, “saber” e “intelectual”, partiendo de reconocer la existencia de una amplia diversidad de contextos sociales e institucionales, en los cuales, a través de diversos tipos de prácticas intelectuales se producen diversos tipos de saberes. Esta diversidad no responde sólo a diferencias entre modelos civilizatorios (por ej.: el “Occidental” vs. los de diversos pueblos indígenas americanos), sino también a otras diferenciaciones significativas que se dan incluso al interior de los diversos modelos civilizatorios (por ej.: entre las prácticas intelectuales que se desarrollan en la academia y las que se desarrollan fuera de ella, por ej.: en antropología aplicada, en organizaciones sociales, etc.). Pienso que la idea de “prácticas intelectuales” permite cuestionar el “sentido común” resultante de la hegemonía que la institucionalidad académica y las industrias editoriales históricamente han ejercido sobre la representación de la idea de “intelectual”. De este modo busco hacer más visible la importancia de la diversidad de formas que asumen las “prácticas intelectuales”, es decir aquello que los intelectuales hacen/mos. Con el propósito de ofrecer algunos ejemplos específicos refiero esta argumentación específicamente al campo de prácticas intelectuales que podemos denominar “cultura y poder”, es decir las que se articulan en torno a lo cultural (simbólico social) en lo político y a lo político (de poder) en lo cultural. Las “prácticas intelectuales en cultura y poder” exhiben rica historia y presente en América Latina y se caracterizan, según los casos, por transgredir, o por no ceder ante el insistente trazado no sólo de fronteras interdisciplinarias sino también de fronteras entre las prácticas encuadradas dentro de la academia y las que la trascienden o se desarrollan en otros contextos institucionales. El reconocimiento de estos hechos ha llevado al Programa Globalización, Cultura y Transformaciones Sociales, Centro de Investigaciones Postdoctorales, Facultad de Ciencias Económicas y Sociales (FaCES), Universidad Central de Venezuela (UCV), a ensayar formas de mutua colaboración intercultural con intelectuales de fuera de la academia, mayormente del movimiento afro-latinoamericano, indígena, feminista y de derechos humanos, sobre las cuales ofrezco algunas reflexiones.

Algunas tendencias recientes a la exclusión de ciertas prácticas intelectuales

En las Humanidades y Ciencias Sociales que se practican en las universidades latinoamericanas --también en las de otras latitudes pero limitaré mi argumentación al medio latinoamericano-- cada vez parecen hacerse más hegemónicas las representaciones de la idea de “intelectual” que asocian ésta a la idea de “investigación”, y que en muchos casos “imaginan” a esta última como algo que sólo se hace en “la academia”.

Es necesario cuestionar estas representaciones hegemónicas que asocian de manera irreflexiva las ideas de “intelectual”, “investigador” y “académico”, y que en muchos casos incluso las asumen como intercambiables entre sí. Para ello puede ser útil poner de relieve al menos uno de los factores que tienden a fortalecer la relevancia de las ideas de “investigador” y “académico”. Este es que en las últimas dos décadas han venido ganado terreno en América Latina ciertos discursos “modernizadores” de “la ciencia” y de las universidades que desde gobiernos y medios universitarios procuran normar, delimitar y controlar las prácticas intelectuales en términos de productividades, medidas éstas por indicadores tales como cantidad de publicaciones en revistas académicas “arbitradas”, especialmente si son de circulación internacional; cantidad de citas de sus obras hechas por sus colegas; etc. Los actores que promueven esos discursos y políticas han instituido ciertos sistemas llamados de “estímulo de la investigación” (hasta donde sé, al menos en Argentina, Brasil, Colombia, México y Venezuela), a través de los cuales se distribuyen fondos más o menos proporcionalmente a estos indicadores. Estos reconocimientos fortalecen una idea de “investigación” que, en general, se califica de “científica” siguiendo con variantes el modelo de las ciencias experimentales, el cual se pretende objetivo y avalorativo.

Es necesario e interesante tomar en cuenta que incluso algunos de quienes criticamos esta imagen objetivista, avalorativa y academicista de la “investigación científica” nos hemos visto presionados por las circunstancias a concursar y luego a aceptar tales fondos, pues ellos resultan complementarios de los cada vez más insuficientes salarios pagados al personal universitario, y porque en no pocos casos esos fondos son los únicos disponibles para realizar investigación. Por estas razones muchos de quienes no compartimos esa idea de “investigación” hemos participado, activa o pasivamente, en el establecimiento y/o legitimación de estos sistemas llamados de “estímulo a la investigación”. Estos estímulos, lejos de fomentar todo tipo de investigación, sólo favorecen ciertos tipos de ella, en general normada según valores y criterios propios de las llamadas “ciencias duras” (física, química, etc.). No sugiero que estos sistemas sean inútiles, al contrario seguramente ayudan a fortalecer ciertos tipos de investigación en estos países. El problema, cuando se mira a esos sistemas de estímulo a la investigación desde las llamadas humanidades y ciencias sociales, es cuál tipo de “producción de conocimientos” tiende a resultar fortalecido y qué consecuencias tiene esto respecto de aquellas prácticas intelectuales que no producen conocimientos que estos sistemas consideran legítimos, sino otros tipos de conocimientos y/o saberes.

Al decir otros tipos de conocimiento o saberes me refiero a aquellos que no se expresan en artículos académicos sino que son parte constitutiva de prácticas sociales más complejas, es decir de prácticas que vistas desde “la academia” resultan “híbridas” o “impuras”. Frecuentemente se trata de conocimientos que los intelectuales involucrados en su producción no se interesan en publicar para que sean leídos por académicos, sino en producir con, o comunicar directamente a, otros actores sociales involucrados en los respectivos procesos sociales. Con esto aludo a conocimientos que en cierto modo son comparables a los que los especialistas de áreas como ingeniería, química o biología suelen patentar (lo cual significativamente sí es reconocido, e incluso premiado, por los mencionados sistemas institucionales de estímulo a la investigación), pero que los intelectuales que actuamos en campos como el que denomino “cultura y poder” encontramos estimulante poner en juego con los actores sociales.

El caso es que una de las consecuencias de estos discursos “modernizadores” y de los sistemas institucionales de “estímulo a la investigación” sustentados en ellos, es que tienden a estimular la disociación de las prácticas intelectuales académicas de sus relaciones con las de actores sociales extra-académicos, sean éstos participantes en movimientos sociales, o en lo que sea pero que implique cualquier tipo de práctica extra-académica; a menos que como parte del proceso se

Daniel Mato, “Diversidad de contextos ...”, Simposio 48, ALAA-2005, 2

contemple la publicación en medios académicos arbitrados que “certifiquen”, entre otras cosas, la neutralidad axiomática de las investigaciones en cuestión. Estos sistemas tienden a deslegitimar las prácticas intelectuales que no estén orientadas a la producción de publicaciones arbitradas; es decir que no se estructuren desde una cierta lógica de una supuesta “excelencia académica” que se construye a imagen y semejanza (a veces un tanto deformada, otras caricaturesca) de la de las --según los casos-- llamadas “ciencias físico-naturales”, “ciencias experimentales”, “ciencias duras”, etc., y así supuestamente “avalorativas”, “neutrales”, “objetivas”, etc.

De este modo, estos discursos “modernizadores” tienden a deslegitimar los intereses en sostener algún tipo de relaciones con actores sociales extra-académicos, y a desvincular el trabajo intelectual de la reflexión ética y política. Respecto de lo delicado de desvincular el trabajo intelectual de la reflexión ética y política habría mucho para decir respecto de varios campos de la ciencia, pero hay un par de ejemplos que puede resultar particularmente significativos, estos son los del papel de la física en el desarrollo de la bomba atómica y de la biología en el desarrollo de armas biológicas.

Pero volvamos a nuestro campo para apuntar que las exigencias academicistas y la deslegitimación de los vínculos con actores y prácticas no-académicas, propias de estos discursos y políticas frecuentemente acaban por ignorar incluso algunas prácticas intelectuales originadas en el ámbito académico pero que acaban por trascenderlo, como las de carácter “aplicado” propias de diversas disciplinas (antropología, sociología, psicología social, educación, trabajo social, etc.) o las encuadradas en ideas de “investigación acción participativa” (Fals Borda, 1986), u otras orientaciones abiertamente intervencionistas. El caso es que *esta tendencia “academicista” de la academia no sólo tiende a deslegitimar intelectualmente las prácticas intelectuales extra académicas, sino que en el mismo acto deslegitima socialmente las prácticas académicas*. Y el caso es también que, de este modo, las universidades cada vez se distancian más de las sociedades de las cuales obtiene sus fondos y a las cuales se supone deberían “servir”.

En este punto en particular, el del aislamiento académico, los discursos “modernizadores” se encuentran con la desesperanza y el “nomeimportismo” que según algunos caracterizarían a los tiempos actuales y a los por venir. Tiempos que quienes así ven las cosas suelen llamar “postmodernos”; y en tal sentido frecuentemente no sólo post-grandes épicas humanas, sino también post-cualquier afán de cambio y por tanto de intervención. Así, estos discursos proclamadamente “postmodernistas” suelen promover actitudes intelectuales que si bien dan el paso necesario de la autoreflexión sobre el trabajo intelectual, y el también necesario de la crítica a la “ciencia” y a las lógicas de las disciplinas académicas, asumen estos pasos necesarios como suficientes, y de este modo tienden a sumir al trabajo intelectual en la auto-contemplación, y con ella en el aislamiento respecto de las sociedades que constituyen su entorno más inmediato. En este aislamiento es precisamente dónde se encuentran con los discursos “modernizadores”.

El problema que las concepciones academicistas no han logrado comprender es que tanto las propias preguntas de investigación, como los modos de producción de las investigaciones (lo que usualmente se llama métodos), dependen en última instancia de opciones epistemológicas, las cuales están asociadas a posiciones éticas y políticas que dependen entre otros factores del tipo de relaciones que se sostiene o se aspira a sostener con actores sociales extra académicos. Las posiciones éticas y políticas son constitutivas del piso epistemológico y de las perspectivas teóricas de nuestras investigaciones; y así también de las preguntas y de los métodos. De este modo lo son también de los resultados de las investigaciones, y ello tanto respecto de su contenido, como de su forma: publicaciones de textos dirigidos a los colegas, impresos en tinta y papel, o

últimamente también en formato digital-electrónico, aunque conservando todas las características propias de los impresos en tinta y papel.

Las preguntas de investigación no son las mismas, ni tampoco los métodos, si lo que se pretende es “escribir” estudios, supuestamente “objetivos” o cuanto menos “distanciados”, que si se pretende producir algún tipo de saber útil a los intereses de algún actor social extra-académico. ***De las respuestas a preguntas del tipo ¿para qué y para quién/es investigar? depende qué investigar, cómo, con quiénes, en el marco de cuáles relaciones, con cuáles propósitos.*** De tales respuestas también dependen decisiones tales como si la investigación en cuestión acabará en una publicación en tinta y papel o qué “cosa” (un video, un programa de acción comunicativa, educativa o de organización social, etc.), y cómo pensamos que tales “cosas” deberían o podrían circular y/o ser útiles, a quiénes, qué importancia tendrían los resultados y cuál los procesos/experiencias. De estas respuestas depende también ¿Cómo evaluar estas experiencias? ¿Mediante cuáles procesos? ¿Con la participación de cuáles tipos de actores sociales? ¿Con cuáles indicadores? Pues cuando la investigación está orientada por estos tipos de fines no puede ser evaluada a través de los mismos procedimientos e indicadores ya establecidos para aquellas otras orientaciones de investigación, los institucionalizados en los sistemas de promoción de la investigación.

Concurrentemente con las consideraciones anteriores, me parece que debemos tomar en cuenta algunas tendencias resultantes de la hegemonía de las ideas (neo)liberales y de las reformas políticas, económicas y sociales asociadas a ellas. En particular, resultan significativas tanto las tendencias a la reducción del gasto público (en especial pero no sólo en áreas como la educación universitaria), como la profundización de algunas formas de división social del trabajo y la “profesionalización” (diferenciación, regulación) de algunas prácticas antes claramente “intelectuales” (en el sentido de marcadamente políticas y críticas), hoy transformadas y codificadas cada vez más como “profesionales” (más técnicas, más instrumentales, aparentemente “apolíticas”). Con esto último me refiero particularmente a las que llevan a cabo no pocos colegas (es decir graduados universitarios en diversas disciplinas de las llamadas humanidades y ciencias sociales) tanto en organismos gubernamentales nacionales y provinciales (los menos y cada vez menos), como en organismos municipales y en organizaciones no-gubernamentales (los más, aunque cada vez menos). El caso es que la combinación de todas estas tendencias parece redundar, entre otras cosas, en una menor y escasa incorporación de colegas jóvenes a las universidades y en la creciente tendencia a que estos colegas más jóvenes —cuando logran conseguir trabajos relacionados con lo que estudiaron— acaben trabajando no como “intelectuales” (según la figura más en boga tiempo atrás que en nuestros días) o “académicos” (según la figura que viene ganando posiciones), sino como “profesionales” en organismos gubernamentales de los más diversos niveles (municipales, provinciales o nacionales) y/o en organizaciones no-gubernamentales.

Lo importante del caso es que muchas de las prácticas desarrolladas por intelectuales que trabajan en organismos gubernamentales y en organizaciones no gubernamentales, así como aquellas que desarrollan intelectuales-activistas en movimientos sociales, y artistas en diversos ámbitos, tienen componentes analítico-interpretativos, aunque estos no asuman la forma de “estudios”. Pero, no sólo eso, sino que además muchas de ellas suponen formas de producción de conocimientos o saberes (en casos como el del movimiento indígena frecuentemente asentados sobre tradiciones milenarias) que no sólo la academia más convencional no logra “ver” debido a las anteojeras disciplinarias, sino que tampoco logran ver algunas novedosas perspectivas cuya transdisciplinareidad en muchos casos se limita al ámbito académico y muy raramente lleva a sus partidarios a vincularse con otros espacios sociales, los saberes que allí se producen y las preguntas que allí se formulan.

Daniel Mato, “Diversidad de contextos ...”, Simposio 48, ALAA-2005, 4

Pero las prácticas intelectuales que deslegitima, o no logra “ver” la academia, no son necesariamente novedosas. Por el contrario, en América Latina como en general en el llamado mundo Occidental ellas tienen ya una larga historia. Esa historia nos remite a momentos históricos en los cuales la división del trabajo estaba menos establecida no sólo entre disciplinas, sino también entre la academia y su exterioridad. La profundización e institucionalización de esas formas de división del trabajo y profesionalización de las prácticas intelectuales han sido elementos propios del avance de la Modernidad. De allí precisamente que esto no sea exclusivo de América Latina. Pero a la vez también el tiempo histórico en que esto se desenvuelve es peculiar de América Latina, más aún, lo es también de sus diferentes subregiones. Como también son peculiares de América Latina las maneras en las cuales en la actualidad se expresan continuidades, recreaciones y “mestizajes” con esas prácticas y como también lo son las formas en las cuales ese esquema de división del trabajo es consciente o inconscientemente transgredido hoy en día.

El reto que tenemos planteado es cuestionar conscientemente estas formas de división del trabajo y de exclusión y/o invisibilización de algunas prácticas intelectuales. El campo de las prácticas intelectuales en cultura y poder es vasto y no me propongo acotarlo, sino solamente sugerir su vastedad y diversidad. La enumeración de ejemplos que ensayaré en las próximas páginas sólo tiene carácter ilustrativo. El intento al ofrecer esos ejemplos es sólo el de hacer visible un poco de lo mucho que habitualmente no vemos. Incluso, es necesario apuntar que, debido a que el proyecto que ha dado lugar a esta reflexión se ha originado y desarrollado en el marco de instituciones académicas, resulta que ésta ilustra más sobre prácticas que se desarrollan desde la academia y hacia fuera de ella que sobre otras que se desarrollan directamente “fuera” de la academia.

Hacia la visibilización del campo de Prácticas Intelectuales en Cultura y Poder

Las tendencias antes descritas no operan en el vacío. En América Latina existen importantes tradiciones de prácticas intelectuales que entran en relaciones de intercambio, negociación, conflicto y/o “mestizaje” con ellas. En particular, es posible postular que existe un campo amplio y diverso de *prácticas intelectuales en cultura y poder*. Este campo no sólo comprende a las prácticas que se desarrollan en medios universitarios y la producción de “estudios” que asumen la forma de publicaciones académicas, sino también otros tipos de prácticas que también poseen carácter reflexivo y analítico interpretativo que se despliegan por ejemplo en el marco de diversos movimientos sociales (indígena, afrolatinoamericano, feminista, de derechos humanos, etc.), “las artes” (este texto no es apropiado para discutir esta denominación que uso aquí por comodidad) a fines prácticos), en el de algunas organizaciones gubernamentales (de diversos niveles, municipales, provinciales, regionales, nacionales), sindicatos, organizaciones populares y una amplia variedad de organizaciones e iniciativas de diversos sectores de población. Se trata de un espectro muy amplio de prácticas que no es posible nombrar exhaustivamente, sino sólo conceptualmente, y por eso apelo a la denominación genérica de *prácticas intelectuales en cultura y poder*.

Para ilustrar mejor la idea de “otras prácticas”, aquellas que no son solamente (o propiamente) “estudios” ofreceré algunas referencias. Sin embargo, es necesario destacar que éstas no pueden tomarse como indicativas de la vastedad y diversidad del campo, sino sólo de un esfuerzo por comenzar a “mapearlo”, y ello por dos razones. La primera de ellas está asociada precisamente esa gran vastedad y diversidad. La otra es que mi esfuerzo es sesgado y limitado, no sólo porque el proyecto en el cual se encuadra se inició desde el ámbito universitario, sino también porque, en general, resulta muy difícil lograr que intelectuales que desarrollan sus prácticas “fuera” de la academia puedan hacerse del tiempo para colaborar con un proyecto que se impulsa desde la academia, dado que suelen tener otras prioridades, demandas y urgencias que atender.

Daniel Mato, “Diversidad de contextos ...”, Simposio 48, ALAA-2005, 5

En la mayoría de las sociedades latinoamericanas (también en otras, pero no son esas otras el referente de esta argumentación) este campo históricamente ha exhibido, y exhibe, vínculos entre lo que ocurre en las universidades y lo que ocurre fuera de ellas. Dejando de lado antecedentes históricos más antiguos, si nos limitamos a las últimas tres décadas, resulta inevitable comenzar por hacer referencia por ejemplo a la experiencia de Paulo Freire (ver por ejemplo Freire 1970, 1993) y quienes se han apropiado de sus ideas y las han aplicado no sólo en el ámbito pedagógico, sino también en otros, como por ejemplo en el de derechos humanos (ver El Achkar 2002), o a las importantes contribuciones de Orlando Fals Borda (1986) y en general de quienes trabajan en la perspectiva conocida como Investigación Acción Participativa. Si en cambio miramos hacia fuera de la academia, resulta inevitable tomar en cuenta por ejemplo los aportes realizados desde de diversos movimientos teatrales y/o por creadores teatrales, como por ejemplo los casos de Augusto Boal (1980), Eduardo Pavlovsky (1994), el Grupo Olodum de Bahía (Brasil), o los de movimientos e intelectuales indígenas (Bustos 2003, Maldonado 2003) y afrolatinoamericanos en casi todos los países de la región (Dávalos 2002, Jesús “Chucho” García 2001, 2002, Grueso 2004), el movimiento feminista (Vargas 2002), el movimiento de derechos humanos (El Achkar 2002), así como el trabajo de numerosos humoristas gráficos, cineastas, etc.

El hecho que las prácticas de buena parte de los intelectuales latinoamericanos se desarrollen “fuera”, o al menos más allá, o “afuera” y “adentro”, del ámbito convencionalmente académico no sólo resulta significativo desde un punto de vista político, sino también por su poder para estimular desarrollos teóricos innovadores. Esta diversidad de contextos y articulaciones de las prácticas intelectuales incide no sólo en la elección de temas, sino también en la reflexión ética y epistemológica, la cual condiciona las preguntas y modos de investigación y/o de producción de otros tipos de prácticas y discursos. Estos tipos de estímulos o de retos son los que alimentan las contribuciones hechas por numerosos intelectuales latinoamericanos. Entre otros, podemos destacar, por ejemplo, los retos para la investigación y para la elaboración teórica que implican el interés y/o la experiencia en la formulación de políticas culturales para los estados y/o para diversos movimientos sociales. Un ejemplo de esto es la elaboración de ideas de interculturalidad y de iniciativas asociadas a estas por parte de intelectuales indígenas que forman parte o incluso son dirigentes del movimiento indígena, en este campo en particular existen experiencias muy interesantes en Ecuador, Bolivia y Colombia tanto en el campo jurídico-político como en el de la educación básica y universitaria (Bustos 2003, Dávalos 2002, Maldonado 2003). Los intelectuales “negros” o “afrodescendientes” (denominaciones que alternativa o complementariamente utilizan quienes así se auto-identifican) también han realizado importantes aportes conceptuales a partir de los retos que les plantean los intereses y luchas de sus comunidades y movimientos (Jesús “Chucho” García 2001, 2002, Grueso 2004). Las diferentes vertientes del movimiento feminista también ofrece múltiples ejemplos al respecto (Vargas 2002), otros aportes interesantes provienen del movimiento de derechos humanos (El Achkar 2002).

Si procuramos definir el campo con referencia a las experiencias históricas en América Latina (incluyendo las contemporáneas), parece necesario comenzar por cuestionar la hegemonía de las ideas de “estudios” y de “investigación”, al menos como excluyentes, para abrir lugar a la idea de “Prácticas Intelectuales en Cultura y Poder”. La idea de “prácticas intelectuales” incluye a las ideas de “investigación” y de “estudios”. Realizar “investigación” o “estudios” constituye un cierto tipo de práctica intelectual. Pero estos tipos de prácticas, para las cuales la mayoría de nosotros ha sido “formado”, no agotan el campo, también hay “otros” tipos de prácticas intelectuales. No hay oposición entre las ideas de “estudios” e “investigación” y la de “prácticas intelectuales”. Pero, atención este “otros” que utilizo sólo se justifica por el contexto en el cual me estoy expresando, un

contexto académico. Por tanto, no es válido asumir una supuesta “centralidad” de la “investigación académica” y desde la cual “otro-rizar” a los demás tipos de prácticas intelectuales.

Sobre la modesta experiencia intercultural de nuestro Programa

Me gustaría hacer una breve referencia a la modesta experiencia de mutua colaboración intercultural entre nuestro Programa y algunos intelectuales de fuera de la academia, mayormente del movimiento afro-latinoamericano, indígena, feminista y de derechos humanos. Quisiera aclarar aquí sólo me propongo comentar acerca de algunas experiencias que el Programa sostiene de manera institucional con intelectuales de fuera de la academia y no a la colaboración que, a título personal, todo antropólogo sostiene con personas que conoce y trata durante el trabajo de campo, con quienes establece diversos tipos de relaciones, muchas de las cuales se extienden más allá de éste. Nuestro Programa fue creado en 1992 y desde entonces ha ofrecido unos treinta seminarios y organizado un coloquio nacional y nueve internacionales. La mayoría de estos coloquios incluyeron no sólo presentaciones públicas de ponencias, sino también talleres intensivos de intercambio entre los ponentes en vista a la preparación del respectivo libro. Como producto de estas reuniones hasta la fecha se han publicado diez libros. En 2000 el Programa creó su sitio en Internet. Nuestro Programa ha invitado a participar y ha logrado la participación de intelectuales provenientes de fuera de la academia en todos estos espacios, que son sus espacios centrales. Esto es motivo de satisfacción, pero sabemos que el número de intelectuales de fuera de la academia participantes es aún bajo y esto es motivo para seguir trabajando en esa dirección.

Hasta el momento, esa participación se ha dado a través de tres modalidades de trabajo. La primera de ellas ha consistido en invitar a intelectuales de fuera de la academia a compartir espacios y actividades clave de nuestro Programa, incorporándose a ellos según sus propios intereses y con los mismos “deberes y derechos” que cualquiera de los colegas de la academia que participan/ban en estas actividades. De este modo, dos colegas del movimiento afrovenezolano y una colega del movimiento de derechos humanos venezolano participaron en varios de nuestros talleres y seminarios, junto a investigadores postdoctorales y tesistas de Doctorado tanto del país como del exterior, así como junto a tesistas de Licenciatura, estudiantes de Doctorado y profesores de nuestra universidad y otras de Venezuela. La segunda modalidad ha sido la participación plena en cinco de las reuniones internacionales organizadas por el Programa de un total de trece colegas de fuera de la academia, varios de los cuales participaron en al menos dos de ellas. Entre otros, en estas reuniones participaron los dos colegas del movimiento afrovenezolano y la colega del de derechos humanos antes mencionados, un colega del movimiento indígena venezolano, una colega del movimiento afrocolombiano, otra del movimiento feminista peruano, dos asesores de importantes organizaciones de pueblos indígenas del Ecuador (la CONAIE y la OPIP), un directivo de una organización de apoyo al campesinado de Bolivia y tres funcionarios de agencias internacionales, junto a colegas que trabajan fundamentalmente en el ámbito académico.

Como se verá el número de colegas de fuera de la academia es relativamente pequeño si se tiene en cuenta que las diez reuniones mencionadas reunieron en total unos ciento veinte participantes. Y este número es aún más pequeño si concentramos nuestra atención en los colegas del movimiento indígena y afro-latinoamericano. Nos falta por hacer. En todo caso, todos estos colegas, excepto el dirigente indígena venezolano, elaboraron textos que han sido incluidos en los cinco libros respectivos, todos los cuales además de haber sido producidos en versión impresa están disponibles en el sitio del Programa en Internet. La tercera modalidad la hemos inaugurado más recientemente y ha consistido en la creación en 2001 de la sección “Entrevistas a Intelectuales Indígenas” dentro de nuestro sitio de Internet. En este momento (febrero 2005) esta Sección sólo ofrece dos entrevistas a

Daniel Mato, “Diversidad de contextos ...”, Simposio 48, ALAA-2005, 7

sendos intelectuales indígenas ecuatorianos. Sin embargo ya hemos realizado otras tres entrevistas, las cuales están en proceso de revisión, ajustes, titulación y subtitulación, trabajo que realizamos de manera conjunta con cada uno de los entrevistados y que toma su tiempo. Viene al caso enfatizar que estas entrevistas no son sobre la historia o la coyuntura política del movimiento, ni tampoco sobre las carencias y atropellos experimentados por las comunidades, ni sobre saberes ancestrales. En cambio, en ellas estos colegas son invitados a elaborar tanto teórica como políticamente acerca de importantes procesos sociales contemporáneos. Según los casos, los textos provenientes de estas entrevistas son tanto o más extensos que un artículo académico y en todos los casos son revisados, editados, titulados y subtitulados directamente en colaboración entre entrevistador y entrevistado. Dado su valor, estos y otros textos producidos por intelectuales indígenas suelen incluirse en la bibliografía de los seminarios que ofrece el Programa, en nuestra universidad, en otras y, más recientemente, en el Campus Virtual del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO), pero además hemos podido observar que son crecientemente usados en otros espacios académicos.

Para continuar conversando

Esta ponencia responde al propósito de intervenir críticamente en algunos procesos en marcha en las universidades y algunos otros ámbitos de prácticas intelectuales. Me interesa especialmente intervenir en los procesos de deslegitimación academicista (y consecuente exclusión) de algunas prácticas intelectuales no-académicas, ya comentados en páginas anteriores. Esta deslegitimación academicista por un lado obstaculiza que estas prácticas intelectuales puedan ser objeto de mejor valoración y cuidadosa articulación y aprovechamiento en los estudios universitarios. Por otro lado, ese mismo academicismo acaba por afectar la pertinencia y legitimidad social de la formación y prácticas universitarias, así como por excluir de su campo valiosas oportunidades de intercambio, aprendizaje y participación en algunas dinámicas sociales. Pienso que una manera potencialmente efectiva de contribuir a revertir esos procesos de deslegitimación y exclusión pasa por cuestionar el “sentido común” resultante de la hegemonía que la institucionalidad académica y las industrias editoriales han venido ejerciendo sobre la representación de la idea de “intelectual”, así como poner de relieve la importancia de la amplia diversidad de formas que asumen las “prácticas intelectuales”, es decir aquello que los intelectuales hacen/mos.

Pienso que la reflexión y debate acerca de lo específico de los contextos y de los procesos en que participamos y de hacia dónde queremos ir nos lleva necesariamente a revisar las relaciones que nuestras universidades sostienen con diversos sectores sociales. La visibilización y análisis del campo de Prácticas Intelectuales en Cultura y Poder (que incluye “estudios” e “investigaciones” pero no se agota en ellos) puede resultarnos útil no sólo para revisar esas relaciones, sino también los contenidos y modos de enseñanza-aprendizaje institucionalmente sancionados en los estudios sociales y humanísticos de la mayoría de las universidades. Además, como sabemos, ya hay otros modelos de universidades y otros modos de enseñanza-aprendizaje actualmente en desarrollo en algunas universidades, en general más locales, entre otros el de la Universidad Intercultural de las Nacionalidades y Pueblos Indígenas del Ecuador (UINPI). De esas experiencias también pueden surgir sugerentes vías para articular tres ámbitos de la vida universitaria que frecuentemente suelen estar institucionalmente separados y rara vez integrados en las universidades latinoamericanas más grandes y reconocidas: docencia, investigación y extensión. En este sentido, pienso que es necesario articular formas en las cuales los contenidos y formas de la docencia y extensión se beneficien más abiertamente de lo que muchos de nosotros hemos logrado avanzar tanto en nuestras perspectivas de investigación, como en nuestras relaciones con actores sociales extra académicos.

Finalmente, quisiera puntualizar que la colaboración intercultural que proponemos --sea con intelectuales indígenas, afrodescendientes, o de cualesquiera otros espacios sociales-- de ningún modo apunta a “dar voz a los sin voz”, pues cada uno de ellos tienen su propia voz, ni tampoco a “legitimar sus saberes”, pues sin ninguna duda son legítimos. Tampoco se trata de hacer retóricas declaraciones en las cuales se afirma el extraordinario valor de los saberes de intelectuales y pueblos indígenas, afrodescendientes u otros históricamente excluidos (de/por las instituciones sociales hegemónicas), cuyas referencias bibliográficas sólo incluyen textos provenientes del ámbito académico, mientras que significativamente no incluyen entre sus fuentes teóricas las voces escritas o habladas de dichos intelectuales, pueblos y/o grupos sociales, las cuales se suelen relegar a funciones de provisión de datos, de “informantes”. Tampoco se trata de apropiarse y utilizar los saberes de estos pueblos e individuos para beneficio propio, sea este económico como por ejemplo en el caso de las corporaciones farmacéuticas, o instrumental y legitimador de las propias prácticas, como en el caso de algunas organizaciones ambientalistas. Se trata, creo, de establecer y sostener diálogos y relaciones de colaboración intercultural, que sean honestos y respetuosos, de mutuo interés, que partan de reconocer que hay diversidad de contextos y por tanto de prácticas intelectuales y de saberes. La idea es que aprendamos unos de otros, sin declaraciones rimbombantes, dando pasos prácticos. Sabemos que en esto no estamos solos, que hay otras experiencias semejantes en curso. La idea es dialogar sobre ellas y también en esto aprender unos de otros, colaborar mutuamente.

Referencias bibliográficas

Boal, Augusto (1980) *Teatro del oprimido*. México: Ed. Nueva Imagen, 2 tomos.

Bustos, Mario (2001) *Comunicación, política y cosmovisión*. Entrevista realizada por Daniel Mato en Quito, el 13/06/2001. Caracas: Colección Entrevistas a Intelectuales Indígenas, N° 1 del Programa Globalización, Cultura y Transformaciones Sociales, CIPOST, FaCES, Universidad Central de Venezuela. Disponible en: <http://www.globalcult.org.ve/entrevistas.html>

Dávalos, Pablo (2002) “Movimiento indígena ecuatoriano: Construcción política y epistémico”. En: Daniel Mato, coord., *Estudios y Otras Prácticas Intelectuales Latinoamericanas en Cultura y Poder*. Caracas: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) y Universidad Central de Venezuela. Págs.: 89-98. Disponible en: <www.globalcult.org.ve/pub/CYP.htm>.

El Achkar, Soraya (2002) “Una mirada a la educación en derechos humanos desde el pensamiento de Paulo Freire: Prácticas de intervención político cultural”. En: Daniel Mato coord., *Estudios y Otras Prácticas Intelectuales Latinoamericanas en Cultura y Poder*. Caracas: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) y Universidad Central de Venezuela. Págs.: 111-120. Disponible en: <www.globalcult.org.ve/pub/CYP.htm>.

Fals Borda, Orlando (1986) *Conocimiento y Poder Popular*. Bogotá: Siglo XXI.

Freire, Paulo (1970) *Pedagogía del Oprimido*. México: Siglo XXI.

Freire, Paulo (1993) *Pedagogía de la Esperanza*. México: Siglo XXI.

García, Jesús "Chucho" (2001) "Comunidades afroamericanas y transformaciones sociales". En: Daniel Mato (comp.) *Estudios Latinoamericanos sobre Cultura y Transformaciones Sociales en Tiempos de Globalización*. Buenos Aires: CLACSO-UNESCO, págs.: 49-56.

Disponible: www.globalcult.org.ve

García, Jesús "Chucho" (2002) "Encuentro y desencuentros de los 'Saberes'. En torno a la africanía 'latinoamericana' ". En: Daniel Mato, coord., *Estudios y Otras Prácticas Intelectuales Latinoamericanas en Cultura y Poder*. Caracas: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) y Universidad Central de Venezuela. Págs.: 145-152. Disponible en: <www.globalcult.org.ve/pub/CYP.htm>.

Grueso Castelblanco, Libia R. (2005) Representaciones y relaciones en la construcción del proyecto político y cultural del Proceso de Comunidades Negras -PCN- en el contexto del conflicto armado en la región del pacífico sur colombiano. En: Daniel Mato, coord., *Políticas de economía, ambiente y sociedad en tiempos de globalización*. Caracas: FaCES, Universidad Central de Venezuela, págs.: en prensa. Disponible en: <http://www.globalcult.org.ve>

Maldonado, Luis (2003) Ciudadanía, desarrollo y cooperación internacional en tiempos de globalización: una visión autocrítica sobre el Movimiento Indígena en Ecuador. Entrevista realizada por Daniel Mato en Quito, el 30/07/2003. Caracas: Colección Entrevistas a Intelectuales Indígenas, N° 2 del Programa Globalización, Cultura y Transformaciones Sociales, CIPOST, FaCES, Universidad Central de Venezuela. Disponible en: <http://www.globalcult.org.ve/entrevistas.html>

Mato, Daniel (2000) "Not 'Studying the Subaltern,'but Studying *with* 'Subaltern' Social Groups the Global-Local Articulations of Power". *Nepantla-Views from South* 1(2): 479-502.

Mato, Daniel (2001) Estudios y Otras Prácticas Intelectuales Latinoamericanas en Cultura y Poder En: Daniel Mato, coord., *Estudios y Otras Prácticas Intelectuales Latinoamericanas en Cultura y Poder*. Caracas: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) y CEAP, FaCES, Universidad Central de Venezuela. Págs.: 21-45.

Disponible en: <www.globalcult.org.ve/pub/CYP.htm>.

Mato, Daniel (2002) "Ningún Conocimiento es 'Global,' todos están marcados por los contextos sociales e institucionales en que son producidos y en este sentido todo conocimiento es local". Conferencia Plenaria "Cátedra Ciencia, Tecnología y Sociedad + Innovación". Organización de Estados Iberoamericanos, Colciencias y Vicerrectoría de Investigación de la Universidad del Cauca, Popayán, Colombia. Disponible en Internet: www.campus-oei.org/ctsi/colombia5.htm

Pavlovsky, Eduardo (1994) *La ética del cuerpo, conversaciones con Jorge Dubatti*. Buenos Aires: Los Ediciones Babilonia.

Vargas Valente, Virginia (2002) "Los feminismos latinoamericanos en su tránsito al nuevo Milenio. (Una lectura político personal)". En: Daniel Mato coord., *Estudios y Otras Prácticas Intelectuales Latinoamericanas en Cultura y Poder*. Caracas: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) y Universidad Central de Venezuela. Págs.: 307-316. Disponible en: <www.globalcult.org.ve/pub/CYP.htm>.